

«Los Contemporáneos»

Y "LOS MAESTROS"



LA SERPIENTE ENROSCADA

Novela de JOSÉ CASTRO Y SERRANO

Ilustraciones de F. MOTA

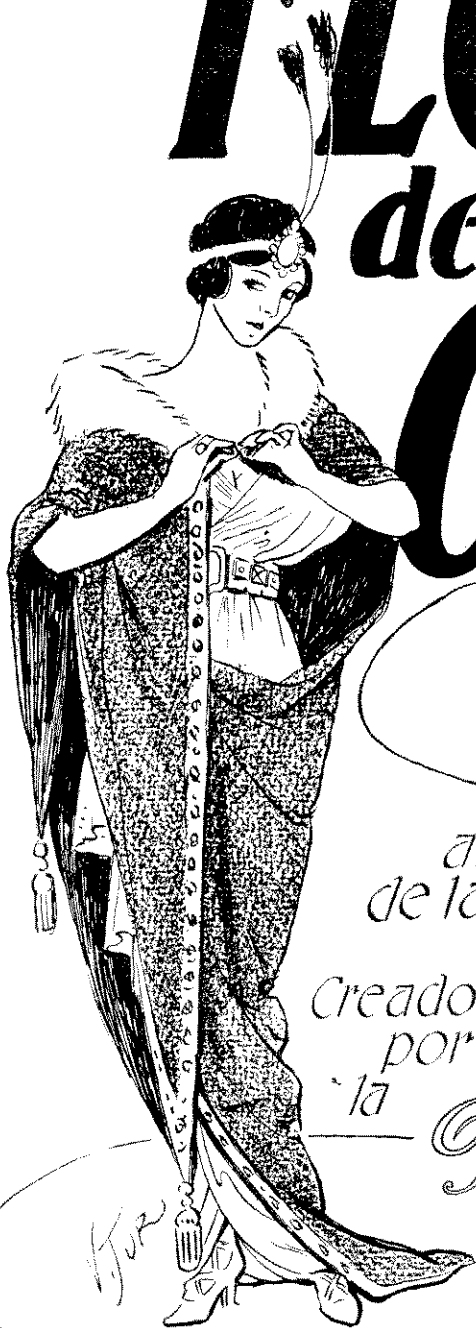
26 DE JUNIO DE 1914

NUM. 287

EDICIÓN:
ECONÓMICA 20 cénts.



EL Jabon FLORES del CAMPO



*es incomparable
para conservar
la frescura y belleza
del cutis y el
aterciopelado
de las manos.*

*Creado
por
la*

*Perfumeria Floralia
Madrid*

Supera al mejor extranjero

Pts. 1,25 la pastilla. De venta en las buenas perfumerias

LA SERPIENTE ENROSCADA

I

Don Cenón Barrientos el boticario era hombre de cerca de setenta años, pero fresco y diligente como uno de cincuenta, sin más achaques que una leve inclinación en la espina dorsal, por la costumbre de estar sentado en la trashedota.

Efectivamente, don Cenón llevaba medio siglo de contener su actividad en los límites de los diez metros cuadrados de la tienda donde se despachaba al público, la trashedota, donde se celebraba la tertulia, y una cocina que hacía las veces de laboratorio.

En el entresuelo, poco más grande que el bajo, unido á éste por una escalerilla de caracol, dormían don Cenón, uno de los dos mancebos, y la criada; pues el mancebo segundo tenía domicilio movable, como veremos. La causa de esta exigüidad de espacio era que la botica estaba situada en uno de los mejores sitios de Madrid, y habiéndose hecho en ella dos ó tres capitales, no era cosa de pensar en ensanches ni traslaciones.

Don Cenón conservaba, como hemos dicho, un carácter casi juvenil, á pesar de sus años; era alegre, al modo de los viejos solteros, aun cuando don Cenón había sido casado; debía tener escondidos muchos patacones; y disfrutaba de tan buena fama, de tan numerosas simpatías y de crédito tan relevante, que para adquirir una medicina de conciencia, obtener un favor con prontitud ó buscar un médico acreditado, había que ir á la botica de Barrientos.

Cuál, pues, no sería la extrañeza de amigos y

conocidos, al enterarse de que una mañana llamó á sus dos dependientes para decirles:

—Muchachos, pienso retirarme del oficio. Estoy viejo y cansado; no sé lo que es disfrutar de la vida; tengo fortuna para pasarlo como un patriarca, y, sobre todo, quiero haceros felices, como me hicieron á mí. Podía traspasar el establecimiento y recibir una gran suma; pero tenía que traspasaros á vosotros ó dejaros en la calle, y no haré tal: vuestra será la botica.

Los mancebos se miraron con asombro. Barrientos continuó:

—Sé que no tenéis dinero ni garantía para comprarme la casa. Tú, Manuel, posees algunos ahorros; tú, Francisco, no tienes una peseta, por que lo envías todo á tus pobres padres al pueblo. Esto no es inconveniente para mi plan. Vais á formar inventario de las existencias, hacemos luego una rebaja prudencial en su importe; capitalizamos al tres y medio por ciento, es decir, algo más barato que la Caja de Ahorros, y á trabajar como buenos farmacéuticos y buenos hermanos. La botica produce lo suficiente para pagarme á mí y que os quede bastante; de modo que siendo hombres de bien, según hasta aquí lo habéis sido, os dejo una fortuna. No creas, Manuel, que ni aún en prenda me guarde tus ahorros; te los daré para que principiéis sin privaciones ni apuros; pero te exijo que esa suma os sirva á los dos, pues si tú la has ganado con economías, Francisco carece de su equivalencia por amor á sus padres. ¿Qué decís de lo que os propongo?

Los muchachos, conmovidos, inclinaronse casi á la vez para besar las manos de su principal, con



los ojos arrasados en lágrimas. Don Cenón, que excusaba formar coro en esta escena de ternura, contuvo sus naturales emociones para seguir diciendo:

—Dos únicas advertencias os voy á hacer. La primera es que la botica no cambia de nombre: Barrientos os la entrego, y Barrientos ha de continuar. La segunda es que yo vendré aquí siempre y como me dé la gana. No quiero ser un extraño donde he sido dueño toda la vida. Probablemente me veréis poco en la casa, porque yo salgo de ella para descansar, para ser libre lo que me resta de andar por el mundo; pero lo repito: Barrientos no puede ser nunca un extraño en la botica de Barrientos.

El mayor de los dependientes manifestó á don Cenón que pedía muy poco, ó, por mejor decir, nada, comparable á lo mucho que daba, y que con una y otra condición salían ellos favorecidos, pues el nombre de la botica era, por sí un

capital, y la presencia y los consejos del amo una garantía que aseguraba la antigua clientela. Iba á hablar el otro dependiente para añadir su gratitud á la del compañero, cuando el boticario cortó la conferencia con estas palabras:

—A ejecutar, pues, lo que os digo, y que nadie se entere. Sobre todo—prosiguió bajando la voz—que no huela lo que tratamos la criada, que es una chismosa y se lo contará á todo el mundo. Dentro de ocho días volveremos á reunirnos para otorgar la escritura. Hasta entonces, como si nada ocurriese.

Don Cenón, en efecto, pasó los ocho días sin volver á hablar del asunto, aunque, por lo visto, muy ocupado en la calle. Apenas estaba en la botica, sino á la hora de la tertulia de la noche, y cuando regresaba, solían esperarle cuentas que después de pagar no apuntaba en ningún libro. ¡Vayan ustedes á saber lo que hacía el boticario!

Al término de la semana mandó una noche cerrar el establecimiento antes que de costumbre, y á la sirvienta que se acostase, porque había que

hacer en el laboratorio una preparación farmacéutica larga y de cuidado. Cumplidas estas órdenes, no tardaron en oírse unos golpecitos en la puerta de afuera, á los cuales don Cenón respondió por sí mismo, dando entrada en la botica á dos hombres: el escribano y su oficial mayor, que venían á otorgar la escritura. Aguardábanles sobre la mesa una talega con dinero, un frasco de rosoli, un papelón de bizcochos, una llave como de puerta de abajo, y un llavín como de puerta de arriba.

Sentados alrededor de la mesa los cinco individuos, procedióse á leer la escritura, redactada en la forma que ya sabemos. Los muchachos, que hasta entonces no habían creído en tanta felicidad, apenas acertaban á poner su firma. Se destapó la botella, circularon los bizcochos, estrecháronse las manos, brindóse por la salud del más generoso de los mortales, y aun cuando Barrientos quería que no se metiese bulla, él propio la estimulaba

con su franco y leal regocijo. Por su orden, sin embargo, se levantó la sesión para dar lugar á otra no menos sorprendente. El boticario no iba ya á dormir aquella noche en su casa. Las llaves que llevó al laboratorio eran de su nueva vivienda, arreglada durante los ocho días anteriores, y provista de todos sus menesteres, incluso de dos criadas de servicio. Su resolución, pues, de retirarse, era, como vemos, radical. Así es que invitó á los presentes para que, abandonando en silencio la botica, le acompañaran á su casa.

Hizose de este modo, caminando con Cenón entre sus dos mancebos, y seguido de los representantes de la fe pública. Al llegar á la puerta, Barrientos apretó la mano del escribano, puso unas monedas en la del oficial, y abriendo los brazos á Manuel y Francisco, se despidió de ellos.

Todo había concluido. Los dependientes se apresuraron á volver á la botica, que quedó guardada por el sereno, é introdujéronse en ella silenciosamente para no despertar á la que dormía. ¡Precaución inútil! La criada, sin señales de haberse desnudado, ni mucho menos dormido, los esperaba á pie firme, en medio de la tienda. Sus ojos, inyectados de sangre más que de lágrimas, tenían esa expresión de ferocidad que en el pueblo bajo denota propensiones al crimen; y un observador sutil hubiese advertido que si de su frente no faltaban cabellos, habíanse éstos mesado con rabia, como quien, no pudiendo arrancar los de otro, incurre en la locura de arrancar los suyos.

Cuando se hubo mostrado bien á los que venían, volviéles despreciativamente la espalda, y entre irónica y corajuda les dijo:

—Ya sois los amos
¡Que aproveche!

II

Don Cenón, al posesionarse de su nueva casa, se creía en el colmo de la felicidad. Con una palmatoria en la mano fué recorriendo las habitaciones, como criatura que antes de dormirse quiere pasar revista á sus juguetes. Todo le pareció del mayor gusto, comparado, por supuesto, con lo que heredó y usó durante su larga vida. Aquel-

los techos altos, aquellas paredes empapeladas, aquellos muebles limpios, y sobre todo esto, quizá, una atmósfera libre de emanaciones farmacéuticas, transformaban su ser, infundiéndole goces que nunca había disfrutado.

—¡Esto es vivir!—pensaba;—y se acostó.

Pero por lo mismo que surgía tanta novedad en torno suyo, el deleite no estaba exento de cierta perturbación nerviosa; pues el hombre viejo extraña las mudanzas, y, aunque sea para bien, se revuelve y agita hasta adquirir el aplomo de la costumbre. Barrientos, sin embargo, al despertar en aquella cama mejor que la suya, aunque no era la suya, se decía:

—¡Esto es vivir! Bueno: despierto por no estar habituado á lo que me rodea; pero hasta en eso hallo nueva felicidad. Aquel sueño salvaje del cansancio era muy parecido á la muerte. Ahora, siquiera, despierto para reconocer lo que vale la independencia, no para servir de monote á un aprensivo ó para contristarse con las lágrimas del enviado de un moribundo. Duerme, Cenón, duerme. ¡Esto es vivir!

Y don Cenón daba media vuelta para conciliar el sueño. A la madrugada volvió á agitarse soñando quizás con que los crujidos de la cama eran golpes dados á la puerta de la botica por el chuzo del sereno, exclamaba:

—Sí, que llamen; ya no soy boticario. Yo me levanto ahora á las diez, ó las once, ó cuando me da la gana. Para eso he dejado la botica. ¡Viva la libertad!

Y volvía á dormirse.

No á las once, ni á las diez, sino pocos minutos antes de las siete, ya estaba de punta don Cenón Barrientos. ¿A qué perder en la cama esas primeras horas del día, en que tanto puede disfrutar un desocupado? El, además, tenía ansia por ver su vivienda y muebles á toda luz. Los sillones y el sofá estaban forrados de veludillo color de aceituna. El papel de la sala era de cuadros cenicientos, donde un arbusto y un animal en pie, de borrosos perfiles, simulaban para Madrid el oso y el madroño de sus armas, y para la América del Sur, el mono y el cocotero de sus bosques. En el gabinete el papel figuraba un enverjado de madera, plantas trepadoras en tal



profusión, que parecía un puesto de verdura. Buscó este papel Barrientos para que armonizara con cierta obra de arte que había adquirido. Era una litografía iluminada, de gran tamaño, en que una damisela, con traje de pastora, se entretenía en regar semilleros de flores.

La consola y el sofá, que don Cenón llamaba "cónsola" y "confidente", hacían juego con el resto del mobiliario: alta la primera y de patas torcidas; rígido y tieso el espaldar del segundo, como conviene á la grave apostura de una visita de etiqueta. Por último, ante el sofá corría un alfombrin que destacaba de realce en su centro



el ojo del boticario, circundado por una serpiente que se mordía la cola. Armas de la casa.

Aun cuando don Cenón lo inspeccionó todo detenidamente, apenas se entretuvo más de las ocho, en cuya hora creyó ya conveniente llamar á Vicenta. Pero Vicenta no vino: volvió á llamarla, y tampoco; hasta que gritando por tercera vez se le apareció una de sus nuevas criadas, vieja y respetuosa, la cual le dijo:

—¿A quién llamaba el señor?

—Es verdad, Martina; me creí que estaba en la otra casa. Ponme mis avíos de afeitarse, y es cucha. Yo almuerzo á las nueve y media en punto: una sopa con huevo, un pedazo de carne asada y una jícara de chocolate. Siempre lo mismo. ¿Entiendes?

—Está bien, señor; pero ahora, ¿qué desayuno preparo?

—¡Ah, sí! Agua destilada, unas gotas de esencia de raíz de lirio y jarabe de altea.

Aunque la mujer era muy ducha en artes de cocina, no entendió bien, y siempre humilde, repuso:

—¿No podría el señor escribirme esas cosas en un papel para que fuera á buscarlas?

—¡Bruto de mí, que te sobra razón!—exclamó Barrientos.—¿Hasta cuándo voy á creermelo en la botica? Nada, nada de menjurjes; no tomo nada hasta el almuerzo. Oye, y no te he hablado de la comida. Yo como á las tres y media en punto: pocos platos y buenos. A la noche, un cuartillo de leche con mojiçón. Entre día, nada. ¿Entiendes?

La cocinera salió y don Cenón se fué hacia el sofá, abstraído en las siguientes y parecidas reflexiones:

—Ahora voy á saber lo que es mundo. Puesto que me levanto temprano, daré grandes paseos; iré á San Antonio de la Florida, al soto de Migas Calientes, á las Ventas del Espíritu Santo. Veré los depósitos del Lozoya, que dicen que son muy hermosos; visitaré San Francisco el Grande, que dicen que es una iglesia muy añeja; las caballerizas de Palacio; todo lo andaré y todo lo husmearé, que bastante tiempo he estado en presidio. Pero á todo esto, ¿qué hora será?

Don Cenón consultó su saboneta, que señalaba escasamente las nueve menos cuarto.

—¡Martina!—gritó como despertándose.—¿Podrías darme de almorzar antes de lo que te dije?

La cocinera apareció, manifestando que las sopas hervían ya, que la carne no había más que ponerla al fuego, y que el señor podría almorzar pocos minutos después.

Barrientos almorzó muy á su gusto, se arregló, vistió y salió de su casa. La mañana estaba espléndida; era uno de esos días que en Madrid no se pisa la calle sin sonreírse de placer mirando al cielo; podía andarse dulcemente por la ciudad ó por el campo: uno de esos días que justifican hasta cierto punto la vagancia de los españoles. Don Cenón se quedó parado y como indeciso. ¿Qué hacer? ¿Adónde dirigirse?

Después de un momento de duda, se dirigió á la botica.

III

La entrada de don Cenón en sus antiguos dominios tuvo algo de triunfal. Los dependientes salieron á la puerta al verle venir, y muchos vecinos de los establecimientos inmediatos, que ya tenían

noticias de su ausencia, formaron corro en torno suyo. El, embozado en su capa, tomó una silla, en la parte afuera del mostrador, como cualquier conocido que entra á descansar. Allí dirigía sonrisas de satisfacción á todos, y medias palabras sobre las preguntas ó alusiones impertinentes. El era un vago, y estaba muy contento de serlo.

La primera persona que entró en la botica, fué una criada con esta relación:

—Medio real de hojas de *llantel*, y real y medio de miel rosada.

—Llantén, querrás decir, muchacha,—observó don Cenón jovialmente.

—Pues bueno, eso; pero usted me ha entendido.

—¿Es remedio para tu señora?

—No, señor; para el amo.

—¡Ah! Tiene aftas, por lo visto.

—¿Qué está usted diciendo, don Cenón?

—Aftas, mujer, aftas; llaguitas en la boca. Mira, Francisco: no tomes el llantén del cajón de adentro, sino del de afuera. En éstos de aquí delante; no, más abajo.—Y Barrientos se fué derecho al cajón del llantén, diciendo:—las herbáceas no deben despacharse ni demasiado frescas ni demasiado secas. Las frescas no huelen á medicina y las secas huelen á herbolario. ¿Cuánto lleváis vendido esta mañana?

—Poca cosa, señor don Cenón—contestó Manuel.

—Pues aún no sabe la gente que yo falto de aquí. Frota esa báscula, Francisco, que la limpieza es la honra de una botica.

La báscula brillaba como el sol, y en cuanto á las ventas, el ex boticario parecía ignorar que se hacen por tarde y noche, á la hora en que se agravan los enfermos.

Durante esta conversación, no dejaban de oírse en las habitaciones de arriba ruidos descompasados. Era la criada, que limpiaba el polvo, y que fué la única á quien la aparición de Barrientos mantuvo insensible, como si no se tratase de un antiguo amo que volviera.

Manuel impuso silencio desde abajo; pero la moza reforzó el vapuleo de los zorros con cantares chillones y procaces. Don Cenón intervino para decir á media voz y como recatándose:

—No hagáis caso de esa loca: dejadla.

En esto llegó un criado con una receta extraña de uno de los mejores médicos de la corte, confiando su despacho á la pericia del amigo Barrientos. Don Cenón volvió los ojos hacia sus dependientes exclamando:

—Ahí tenéis, si no me da la gana de venir, en qué compromiso os pongo. Aún hay quien se acuerde de mí. Esta receta no saben despacharla en ninguna botica.

Y dirigiéndose al criado, prosiguió:

—¿A que acierto que es para la señora? Ataques de histerismo, ¿ehé? Pues dile al señor Duque que se hará, no sólo *secundum artem*, sino *secundum scientiam*; pero no puede estar hasta pasado mañana.

—Es—observó el criado—que la señora Duquesa está impaciente.

—Pues dile á la señora que es imposible. El doctor lo sabe bien, y por eso me la encarga con tanto esmero. En otra botica se la harán en tres horas, pero en la de Barrientos necesitan tres días. En cambio, de allí tomaría arena indigestible, y de aquí tomará espíritu antihistérico de la más alta depuración.

Despedido el criado, continuó diciendo:

—El ámbar gris no se puede disolver con los reactivos descubiertos hasta ahora, para que, de objeto de adorno, se convierta en medicina eficaz. Y ved ahí por dónde yo vuelvo á emporcarme las manos para corresponder á la confianza del gran doctor. Tú, Francisco, carga el anafe; tú, Manuel, tritura un trozo de ámbar gris y pulverízalo hasta donde más puedas; yo, mientras tanto, dispondré el baño de María para empezar la operación, que ¡ya es droga!

Tras del dicho, procedió Barrientos al hecho, y se fué al laboratorio, no sin tropezar en un armario con el sombrero.

—¡Diablo de chisteras!—dijo:—El caso es que yo no tengo aquí mi gorro.

Y dirigiéndose al entresuelo gritó:

—¡Vicenta! Llégate á mi casa, y que te den mi gorro.

—¡No me da la gana!! (Fué lo que se oyó desde arriba por toda respuesta.)

Manuel abandonó el mortero, con ademán amenazador, pero Barrientos le detuvo, exclamando:

—Déjala, Manuel; está loca; ya me traeré el gorro en el bolsillo. Hay que contemporizar con los genios de cada uno.

Fran más de las cuatro cuando don Cenón cayó en la cuenta de que no había comido. Hizo varios encargos á sus mancebos sobre la ebullición lenta, pero igual, de la marmita, y salió para su casa apresuradamente.

Allí le esperaban dos afectuosas servidoras, una mesa limpia, olor aromático de menestra bien guisada. Comió, sin embargo, en volandas, atraído por la dificultosa preparación farmacéutica; y sin descansar ni un instante, salió con el sombrero puesto sobre el gorro.

Al llegar á la botica vió que sus antiguos dependientes se habían subido á comer, y que no sólo estaba abandonado el despacho, sino el anafe.

—¡Esto no es orden!—gritó.—Que baje uno. Cuando se hace un remedio de tanta importancia, ha de quedar siempre abierto el ojo del boticario. Por eso está colocado allí, como escudo del oficio, debajo de la Purísima, que es la patrona. Pureza y vigilancia son las dotes de un farmacéutico que se estime. Siguiendo así, vais á perder mi botica.

Ni aun á la tertulia concurrió aquella noche don Cenón con el reposo que de costumbre. Entre la cocción del ámbar gris y cuatro frases incoloras, entretuvo la velada, que por lo mismo fué breve. Cerrado el establecimiento, permaneció de guardia para que los ayudantes subiesen á cenar, y cuando la cena acabó y bajaba Vicenta á despedir al que fué su amo, porque ni Manuel ni Francisco consintieron que se quedara en el laboratorio, como él quería, la feroz maritornes cogió al

viejo de un brazo, lo puso en la acera, y le dijo con voz de trueno:

— ¡Infame!

IV

Hora es ya de que digamos algo sobre la vida de don Cenón Barrientos, que debió toda su suerte á la costumbre, seguida en su país, de poner por nombre á las criaturas el que rezaba el almanaque en la fecha de su nacimiento.

A semejanza de aquel agudo alemán que buscó entre la numerosa familia de los Farinas, un muchacho que se llamase Juan María, para ponerlo al frente de una fabricación de agua de Colonia y competir con la célebre marca de este título, del propio modo un don Cenón Barrientos, notable boticario de Madrid, buscó entre sus numerosos parientes un muchacho que llevara su mismo nombre, para que perpetuase su casa y dinastía. El tal boticario, á quien llamaremos don Cenón I, no abrigaba los aviesos propósitos del falso fabricante de agua de Colonia, sino que, pagado de su posición y ganoso de continuarla, encargó á Tierra de Campos que cuando viniese el arriero á Madrid trajera el zagalote homónimo, si resultaba listo y con anchuras.

Entró, por consecuencia de esto, Cenoncillo en la corte gualdrapedo en el serón de un mulo, pies con cabeza de otro mozalbete que traían á un comercio de la calle de Postas, y al verificarse su descarga en la puerta de la botica, cualquiera hubiese imaginado que descargaban una corambre nueva de vino. Corto, en efecto, de estatura, ancho, de brazos tiesos é inmóviles por resultados de una chaqueta mal cosida, rubicundo de cara como de traje, y clavado en el suelo, sin atreverse á andar, ante el corro de gente que lo contemplaba, necesitó que el tal que iba á ser su amo le arriase una bota por el dorso para meterle dentro, y que la que iba á ser su ama lo contuviese con los brazos para que no cayera.

Breves fueron las horas de ociosidad en que estuvo, pues desde el primer instante se le inició en cómo había de barrer la botica, sacudir el polvo de los botes, machacar raíces y batir ungüentos. También aprendió que debía ayudar en la cocina, comer las sobras, y dormir en el suelo. Asimismo quedó informado de que á Madrid venía para estudiar, á cuyo efecto, en los ratos de ocio, leería libros de la facultad. Finalmente, con un aprovechamiento de veinte horas de las veinticuatro del día, llegaría á ser un regular mancebo.

El lector tal vez ignore lo que es un mancebo de botica. Todos los dependientes de tienda viven en análoga servidumbre, pero la del boticario no se parece á ninguna. Aquéllos trabajan como azacanes toda la semana, pero tienen domingo; luchan con el público durante el día, pero cuando cierran la tienda duermen: se agitan en constan-

te actividad, sirviendo al dueño y al parroquiano, pero no confeccionan ni manipulan las cosas que despachan; son esclavos, en fin, pero sin cadena. El mancebo de botica es autor y actor en la práctica de su oficio; trabaja con el cuerpo y con el discurso; levanta arrobas y subdivide átomos. Para él no hay domingos ni festividades, ni horas de reposo, pues como los enfermos no escogen el instante de exigir medicinas, lo mismo las piden á la madrugada que al anochecer, ó á media noche. La puerta de la botica no se cierra nunca, porque cuando parece que está cerrada, queda un ventanillo abierto para que ni aun á la hora de dormir en el camastro de la trastienda, pueda entregarse al sueño con tranquilidad.

Los dependientes de otros comercios disfrutaban de una vida variada y casi placentera. Hablan con los parroquianos; contemplan caras bellas, que suelen requebrar al descuido, y hasta es común que conquisten alguna que otra noviecilla.

Pero ¿en las boticas! ¿Quién entra en las boticas con cara alegre?...

En otros comercios se habla de vestir ó de comer, de adornarse y gozar; en la botica de dolores de estómago, de vahídos, de ahogos, de macas y podredumbres.

Respecto á gajes, ¿quién da jamás una propina al dependiente del boticario? Para él no hay Pascuas ni días de Santo. El oficial de sastre cuando entrega la ropa, el del joyero cuando entrega la alhaja, el pinche que lleva el plato, el hortericilla que conduce las telas, todos reciben alguna vez recompensa; el dependiente de botica, nunca. Si la medicina sentó bien, se debe al médico; si sentó mal, quizá á la ineptitud del mancebo que anduvo en ella; siendo de advertir que, así como en una relojería cuando el muchacho equivoca una pieza, todo lo más que sufre es la reprensión del relojero; la equivocación de una receta implica responsabilidad criminal y tiene hasta presidio.

En tales circunstancias, y entre la indiferencia de todo el mundo, apurando una vida de privaciones y esclavitud se crió don Cenón Barrientos.

V

“La letra con sangre entra”, y la farmacia le fué entrando á Cenoncillo con mojicones, punta-piés, un poco de aplicación en los estudios y gran laboriosidad en lo que se le mandaba. La farmacia entonces, más que ciencia, era un arte que se aprendía leyendo los recetarios, siguiendo algunos cursos, donde los profesores ignoraban casi tanto como los discípulos, y practicando en una botica. El bagaje de ésta era bien sencillo: una colección de botes pintorreados con emblemas extravagantes; otra de redomas panzudas con líquidos de color; cajones con letreros griegos y latinos; la imagen de la Virgen con una luz, y el ojo del boticario en marco triangular, mezcla de ca-

balístico y de masonónico; todo ello completado con el mandil y el gorro farmacéutico.

¡Ya se ve! En aquella época, con no estar tan lejos de la presente, la farmacia, como hemos dicho, era bien distinta de la de hoy: pero por fortuna para el primitivo don Cenón, no alcanzó este doloroso espectáculo de que la clásica botica se trocase en la moderna oficina de farmacia. El cuchitril donde labró su suerte y adquirió su prestigio sirvióle de antetumba; y muy anciano ya, y casi feliz, entregó su alma á Dios, sin que precediesen al eterno viaje ni el pulsómetro, que señala con terrible certeza las oscilaciones locas de nuestro círculo sanguíneo, ni el termómetro, que bajo la axila marca con espantosa exactitud los grados de calentura que nos consume, ni el estetoscopio, que escudriña con alarmante curiosidad los senos ó timores de nuestras entrañas; recursos todos muy útiles sin duda para procurar sustos á los vivos, aunque poco ó nada influyentes en la contención de la carrera de los muertos.

El boticario murió, dejando á su esposa que, aun cuando entrada en años, podía ser hija suya, la masa íntegra de su caudal; y el pariente homónimo, que cuantos más cursos de farmacia ganaba más sobrino fué haciéndolo, la dirección y tráfico de la botica, mientras se conservase fiel á las tradiciones de la casa y á la persona é intereses de la heredera. De este modo trocóse en congojosa ternura el grotesco cuadro que se ofreció á Cenón á su entrada en Madrid; pues el que hubo de alargarle la punta del pie para recibirle, le alargaba moribundo la mano al despedirse, uniéndola, como en testimonio de alianza y de paz, á la de



su excelente mujer, que en aquel memorable día había abierto los brazos para que no cayera de bruces el pobre rapazuelo.

VI

Don Cenón segundo, pues que del primero ya poco ó nada hemos de hablar, sintió verdaderamente á su tío, que alma agradecida encerraba el interior de aquella figura, tosca al parecer. Este sentimiento era tanto más loable, cuanto que, ni en vida tuvo que agradecer al que lo trajo á Madrid, ni en muerte le dejaba grandes muestras de

consideración personal relativa á intereses. La cuantiosa herencia quedaba, como hemos dicho, íntegra para la viuda, y aun cuando el sobrino iba á regentar la botica, con parte en sus ganancias, el legado estaba pendiente de la mayor ó menor inteligencia que conservase entre la señora y el mancebo. ¿No era esta una verdadera orfandad?

Doña Margarita, sin embargo, poseía condiciones á propósito para entenderse con un hombre de bien. Criada en esos pañales de clase media española, que, si no se llaman buenos, debían llamarse honrados, recibió la educación que en aquella época recibían las mujeres destinadas á parecerse á sus madres. Algo de lectura y escritura, bastante de aguja y de calceta, mucho de religión y moral, y muchísimo de quehaceres y de cuidados domésticos, eran la base y casi el vértice de su crianza. Apenas frecuentó otros caminos que el de su casa á la iglesia, y cada quince ó veinte días el de un paseo público, adonde la llevaban, no á ser vista, aunque tenía mucho que ver, sino á que

se esparciese su ánimo en la contemplación de la naturaleza.

Dentro del hogar paterno se trató únicamente con los amigos de la familia. Así es que cuando uno de ellos, el rico boticario de la vecindad, la pidió en matrimonio, Margarita no extrañó que fuese viejo, ni viudo, ni poco alegre; puesto que siendo la boda á gusto de sus padres,

lo mismo era aquel señor que cualquiera otro. Casóse, pues, sin ilusiones y sin repugnancia, como esas princesas de sangre real que fian á las vicisitudes de la suerte el enlace contraído por razón de Estado.

De lo que si pudo estar seguro el novio era de que Margarita sería una buena mujer, y lo fué en efecto. Los tertulianos de la botica creyeron al principio que una boticaria hermosa era excelente materia de estudio para enfermedades de amor; pero bien pronto se convencieron de que lo que había entrado en la farmacia era un nuevo específico contra las pretensiones absurdas. Margarita, ó doña Margarita, ó la señora doña Margarita, que de tal modo fué ascendiendo, aceptó el matrimonio como las monjas jóvenes aceptan la clausura; encierro por encierro y regla por regla. Ni extrañó la edad de su marido, ni sus deberes de esposa. ¿Conocía en el mundo algo más? De su parte, el esposo coadyuvaba á la dicha doméstica con tres ficciones que valían tres virtudes: juventud, siendo viejo; dulzura, siendo agreste; largueza, siendo tacaño. Aquel matrimonio jamás tuvo una nube ni tampoco un rayo de sol.

Pero pasa el tiempo sobre los matrimonios desiguales, y cuando la muchacha se hace mujer, el viejo se hace caduco; por eso la boticaria quedó á su viudez en condiciones de habérselas fácilmente con un mancebo laborioso, afable y subordinado. El no podía vivir sin la boticaria antigua:

ella no podía desenvolverse sin el boticario nuevo.

Don Cenón, desde muy joven, no tuvo más que un vicio: el tocar la guitarra. Llamámosle vicio, porque tal lo consideró siempre su amo, tal lo persiguió, y con tanta fiereza. Esto de que una noble farmacia se encanallase como tienda de barbero, no podía tolerarlo el que ostentaba en su escudo la Corona Real. ¿Qué vergüenza era aquella? Si el sobrino se rebajaba hasta aprender el barberil instrumento, era necesario que lo hiciese cuando nadie le oyera, estando solo y relegado á lo profundo de su alcoba. ¡Guitarra pública y sonante, jamás!

Sea, pues, por la prohibición, ó porque la guitarra posee un atractivo irresistible para los desocupados, ello es que Barrientos no pudo prescindir de emplear sus horas de ocio en el estudio de la poética y antigua cítara, transformada hoy en vulgar vihuela.

Pero como la animosidad contra la guitarra era tan decidida en su tío, Cenón tuvo que valerse de ciertas precauciones para conllevarla, y no sólo relegó al estudio al fondo de su cuarto, sino que necesitó poner sordina al instrumento, con el fin de apagar sus notas. Era de verle en una silla baja, con el cuerpo encorvado, los ojos fijos en su mano derecha, respunteando la música, como oficial de sastre que respuntea el cuello de una levita. De allí sacó muchas y agradables sonatas, que primero le gustaban á él y después iban gustando á otros, incluso á alguna persona de su familia, para quien este capricho del mancebo era preferible á la lectura de romances ó á la soñolencia imbecil del que está parado.

Fué tal en Cenón la costumbre de ta-

ñer su guitarra menudo, menudo, que hasta cuando era ya hombre y casi dueño de la botica, ponía la pulsera sobre los trastes, y murmuraba, que no rasgueaba, melodiosos acentos de una suavidad deliciosa. Las canciones románticas de la época hacían llorar, bajo sus dedos, y un oyente solícito habría experimentado, al escucharle, desconocidas ternuras.

¡Oh, vosotros los que creéis que se necesitan grandes resortes para mover las máquinas complicadas! El complicado mecanismo humano se mueve y conmueve con impalpables efluvios, esparcidos por doquier en la naturaleza. El canto de un ruiseñor en las copas de los árboles nos impresiona dulcemente, elevando á mayores alturas nuestro pensamiento. Si en los centros populosos se requiere que clamoreen las campanas para excitar el sentimiento de la devoción, basta en el campo una esquila de ermita para excitar el remordimiento de la indiferencia.

Por eso las personas que viven en lo que se



llama el mundo, necesitan de fuertes impresiones para sentir; al paso que á los que viven en la soledad de sí mismos les basta con muy poco para conmovirse. Doña Margarita, que fué buena viuda como había sido excelente esposa, y que lloró á su consorte con el pesar correspondiente á una adhesión sincera y á una gratitud hidalga, no había conocido en su matrimonio ciertos sentimientos que son comunes á la mayor parte de las mujeres. En su casa paterna nunca pasó de niña; en la casa conyugal no pasó de mujer: faltóle un requisito indispensable; ser novia. Ella no había frecuentado ninguna sociedad, ni leído ningún libro, ni hecho nada de lo que hace la juventud aun en sus inocentes desahogos y casquivanos empeños. Llegó á la madurez de la vida con sus ilusiones en calma.

Mas ¿qué creerán ustedes que la distrajo de sus vulgares ideas, cuando se dispó, como era natural, la nube de sus congojas? Pues el pespunteo menudo, menudo, de la guitarra de su sobrino. Aquella música que no era música, y aquel canto que no era canto, pero que constituían un lenguaje nuevo, tan propicio á la modestia como al deleite; aquella suavidad de expresión que, exenta de tumulto, regocijaba el ánimo con sus dulces sonos, cautivó á doña Margarita de tal modo, que se pasaba las horas muertas escuchándolos. Viéraisla durante las calurosas siestas del estío, cuando Cenón, despecherado de camisa en el laboratorio, pedía á la frescura del lugar correspondencia con su frescura propia de mancebo; viéraisla, decimos, sentarse en la escalerilla de caracol é inclinar la cabeza hacia abajo para no perder una nota de los menudos, menuditos pespuntes, dibujándose en su rostro sonriente algo así como la felicidad nunca gozada, y nadie dudaría de que un sacudimiento extraordinario se había producido en el alma de aquella mujer.

Doña Margarita, por la noche, conciliaba el sueño al son de una guitarra moral, cuyas cuerdas produciante melodiosos cantos. Algunas veces hubieran podido oírsele suaves acentos, como de quien intenta armonizar notas con notas en las preguntas y respuestas de dos pajarillos enjaulados.

Cenón, que ignoraba las aficiones musicales de su tía, gustó mucho de conocerlas, pues esto de coincidir en los goces artísticos, induce á concertar alianzas de que el mozo ciertamente no era el menos necesitado. Consultó, pues, sus intereses particulares; apreció los temores de una ingerencia extraña en los negocios de la viuda; y tocando menudo, menudito, sus arpeggios, menudito, menudo, se casó con ella.

VII

Hemos dicho que cuando una muchacha se casa con un viejo, se vuelve vieja ella; y ahora decimos que si después de viuda se casa entusiasmada con

un joven, disfruta poco tiempo su felicidad. Esta coincidencia extraña parece una condenación de los casamientos desiguales.

Doña Margarita, que durante su primer matrimonio vivió casi indiferente, abrazó el segundo con entusiasmo, y fué feliz; pero un achaque maternal, contraído fuera de sazón, tuvo para ella terribles resultados, destruyendo de un soplo ilusiones, esperanzas, y hasta su propia existencia. ¡Pobre señora! En los angustiosos momentos de su desventura, no pudo hacer más que dar las gracias á don Cenón por las dichas que le había proporcionado, y dejarle heredero de todos sus bienes.

Por entonces entró en la casa Vicenta.

Vicenta había nacido en la Alcarria, de donde salió con muy pocos años, algún mérito personal y un carácter de todos los demonios. No necesitaba verdaderamente servir, por ser hija de padres acomodados; pero muerta su madre y vuelto á casar su padre, huyó de ellos, para no hacer un estropecio con su madrastra.

Al llegar á Madrid buscó casa de hombres solos, pues se resistía á la obediencia de las mujeres, pareciéndole menos humillante servir al otro sexo, cuya superioridad, al fin y al cabo, estaba establecida en el mundo. Por eso aceptó con júbilo el acomodo de la botica, en la cual, aunque hubiera mucho que hacer, no habría, en cambio, ninguna mandona.

Vicenta era útil para todo. No sólo dominaba los asuntos domésticos, sino que tenía fuerza muscular, luces naturales, comprensión pronta, y, sobre todo, maña, que es lo que deben tener las criaturas para vivir como se les antoje. Lo mismo guisaba que cosía, y lo mismo llevaba al río un cesto de ropa que enseñaba los puños á un vendedor insolente en el mercado. Ella lo decía á todas horas: "Me alegro de ser mujer; porque si soy hombre y caigo quinto, me fusilan".

Inútil es decir que no aguantaba ninguna reconvencción. ¿Las merecía acaso? Su actividad incesante y su tarea sin límites, excusaban cualquier pretexto de repulsa. Quizá era tan hacendosa para no ser reprendida, pues eso de que los amos se metan á enmendar lo que no saben, la sacaba de quicio. ¡Tenía ella tantas cosas que reprender!

Era fiel en el manejo de los intereses domésticos, parte por virtud y parte por no parecerse á esas desarrapadas que se empringan en el cuarto y en el ochavo, cometiendo un robo sin salir de pobres. ¡Si se tratara de muchos miles! Verbosa por naturaleza, y dada á soltar la carretilla al primer desate de sus nervios, hablaba, sin embargo, muy poco, porque los asuntos vulgares le causaban desdén, y en los de otra especie no podía ingerirse sin mostrar una ignorancia de que sus padres tenían la culpa. ¿Por qué no la educaron mejor?

Vicenta se oponía á todo lo que escuchaba; pero no por esto debe decirse que tuviera espíritu de contradicción: lo que Vicenta tenía en su sangre y en sus nervios era espíritu de rebelión. Las personas con espíritu de contradicción suelen ser tratables, porque aguardando á que nieguen lo que se

les dice, vuelven al fin á confirmar lo que se desea. No sucede lo propio con las de espíritu de rebelión, cuyo ejemplar más elocuente es aquel aragonés que, habiendo tomado un clavo por la punta para clavarle, aunque le advirtieron su error, siguió martilleando, y decía: “¡Sobre que tiene que entrar, de cabeza!”

La criada de don Cenón quería también que los clavos entrasen por la cabeza. Su terquedad era sólo comparable con su irascibilidad, y las llevaba al punto de emplearlas consigo misma y con los objetos inanimados de que hacía uso. Semejante á los niños pequeños, que cuando se hacen daño contra una puerta le dan de bofetones para vengarse, ella injuriaba y maltrataba á los chismes de cocina, cuando no eran obedientes á sus manipulaciones. El reloj, sobre todo, era su pesadilla. Si tenía las diez, se la llevaban los diablos; si las nueve y media, se la llevaban los demonios, y si las once, se hubiera ido ella misma al infierno.

Esto tiene su explicación. Los niños, en su inocencia, se figuran que los objetos materiales son como ellos, y los tratan de igual á igual, hablándoles cariñosamente si los creen amigos, ó reprendiéndoles y maltratándoles si los toman por adversarios. Vicenta no obraba del mismo modo, pues sabía muy bien que al decir “malditas tenazas” ó “maldito perol”, lo que decía era “condenadas manos tengo hoy”; pero ignorante, que no inocente, participaba, sin embargo, de algo de los niños al referirse á los objetos con máquina. Para ella, esos artefactos que se mueven ó suenan, y andan solos ó avisan ciertas particularidades que las gentes repiten, no son irresponsables como los *peroles* y las *tenazas*, sino que participan de una inteligencia interior, con la cual es permitida la lucha. A su manía contra el reloj llevaba unido su odio contra el termómetro y el barómetro de su amo, no porque los entendiera ni se los explicase, sino porque se permitían armar lluvias cuando ella iba á tender la ropa, ó anunciaban tempestades para el domingo que le tocaba salir. Si el amo no tenía la culpa de ello, la tenían las máquinas.

Ínútíl es decir que con ese carácter la vida se hacía imposible al lado de Vicenta; pero ¿por qué no la echaban? Cierta vez que faltó, á causa de que, muerto su padre, hubo de marchar al pueblo, más que á recoger una misera herencia, á freírle la sangre á su madrastra, tuvieron en la botica cuatro ó cinco sirvientas. Una era sucia, otra no sabía guisar, la tercera robaba, y la cuarta unía á las suciedades, latrocinios y mal arreglo, el tener siempre un soldado de centinela á la puerta. Así es que el regreso de la *zurramangona*, como la llamaba Manuel, fué recibida en palmas por el boticario y hasta por los propios dependientes, pues con aquel carácter y todo, resultaba Vicenta dechado de perfecciones.—“Hablandole poco—decía don Cenón—y dejándola rabiarse allá arriba, con los cacharros, estamos de la otra banda.—Barrientos discurría de este modo, parte por comodidad personal, y parte, ¿á qué disimularlo?, por la atracción que ejerce sobre las criaturas el abismo.

Una última prueba vamos á aducir en confirma-

ción del singular carácter de esta criada. Ya sabemos que en la botica había un reloj, cuyos sonos solían molestar á Vicenta. Pues bien; el reloj era de cuco, y aun cuando al llegar de la Alcarria se entretenía con el extraño canto del pajarillo, bien pronto comenzó á fastidiarse de su monótono *cu, cu*, que acompañaba á la hora maldita con una especie de maliciosa burla. Vicenta se levantaba á las siete para ir á comprar y tener hecho á las nueve y media el almuerzo de don Cenón. Una noche de insomnio, por resultados de no sabemos qué rabieta, no pudo dormirse hasta la madrugada, y al despertar, con sobresalto instintivo por la hora que fuese, oyó al cuco, socarrón y marrullero, como de ordinario, daba, no ocho, sino nueve *cu-cús*; que se traducían en nueve acusaciones contra la perezosa. Su furia no tuvo límites, y desde el primer momento hubiera ido con los puños cerrados contra el reloj, si la prisa de arreglar el almuerzo no la hubiera aconsejado contenerse. Sirvió á su amo, buscó un alambre, hizo una especie de lazada con él, y aguardando la hora siguiente, que era larga, aprisionó la cabeza del pajarote, estirando las puntas y diciendo:—No cantarás más.

Había ahorcado al cuco.

VIII

Cuando en un faro del interior del mar se necesitan dos personas para su servicio, si son dos hombres, se aborrecen de muerte antes de quince días; y si hombre y mujer, antes de tres semanas se hacen novios. Robinsón, en la isla desierta, aun suponiéndole de los gustos más delicados, le dirige requiebros á una bruja si por casualidad se le pone á tiro en sus correrías. No es de extrañar, pues, que don Cenón, recluso una tarde en el faro de su laboratorio con Vicenta, porque los mancebos tuvieron que ir á la excepción de quintas, se deslize hasta el punto de exponer algunas consideraciones sobre los méritos femeniles de su criada.

Vicenta, cuando después de fregarlo todo se fregaba á sí misma, y adornaba su cuerpo juvenil con los ligeros trajes que primorosamente sabía hacerse, estaba, si no bella, por lo menos graciosa y apetecible. Sus ojos vivos y penetrantes, su naricilla un poco remangada y su boca pequeña, predisponían al agrado cuando sus ojos no centelleaban, ni su boca rugía, ni su nariz se hinchaba como para morder. Aquella tarde, hay que ser justos, Vicenta estaba guapa, y además afectuosa y complaciente; porque las mujeres, cuando se componen, el último perfil con que se adornan es una expresión de amabilidad que, al modo de la sonrisa de retrato, puede llamarse sonrisa de vestido.

Don Cenón se humanizaba á la vez, porque nada hay tan satisfactorio para el común de las gentes como la dulzura de un huraño, sobre la cual se hacen lenguas aunque resulte muy rápida; en contraposición á la acritud de una persona amable,

que, aun cuando sea fugaz, desagrada y molesta al que la sufre. Se puede pasar la vida reventando al prójimo, seguros de obtener sus albricias en un momento de condescendencia; pero no se puede apartecer grave siendo dulce, sin que los demás tachén al bondadoso de impertinente. Sea por esta razón ó por cualquiera otra (hay cosas que no pueden averiguarse), ello es que Barrientos estuvo comunicativo con su criada. Vicenta dice que la faltó; pero don Cenón jura y perjura que si pudo incurrir en alguna debilidad disculpable, fué á una honesta distancia de su sirviente. En lo que casi no cabe duda es en que ofreció á la moza palabra y mano de casamiento.

¡Ahí es nada! Mano y palabra. ¿Saben ustedes lo que era en aquella época palabra y mano de casamiento? No hay escritura pública que pueda compararse á este acto. Los esposales, con ser una promesa íntima ante testigos; las amonestaciones, con ser un contrato expreso ante la curia eclesiástica, no eran tan eficaces ni tan comprometedores como *palabra y mano* del hombre para la mujer. Entre el vulgo de las hembras, sobre todo, tener mano y palabra, era tener marido. Con mano y palabra se daba parte de la boda; con mano y palabra se cosía la camisa del novio; con mano y palabra se compraban los trebejos domésticos. En algunos países, y de los más civilizados ciertamente, bastaba que una joven se presentase al juez diciéndole que tenía mano y palabra, para que el juez obligase al hombre á cumplir su promesa ó á dar indemnización á la que tan justamente se consideraba herida en su honra; y si en España no se llegó á tal extremo, fué porque en España era dogma de familia y se enseñaba á los niños que podía faltarle á todo, menos á la palabra de honor.

Vicenta, pues, con la palabra de su amo, consideró satisfechas todas sus ilusiones. Ser ó no ser había sido su divisa, y la fortuna la llevaba al camino de ser. ¡Ay de don Cenón! ¡Ay de los manebos! La sociedad iba á pagar en ellos sus in-

justicias. Pero á don Cenón le ocurrió esta vez lo que al aficionado á toros que se cayó en el mar al ir de Sanlúcar al Puerto. El pobre hombre, que se ahogaba, ofreció cuatro mil reales al que lo salvase, y un marinero se tiró de cabeza con tal tino, que á empujones lo sacó á la orilla. Cuando el naufrago se hubo tranquilizado, díjole al marinero: "¿A qué hora voy á casa de usted por los cuatro mil reales?—Por los cuatro duros, querrás decir, que es lo único que tengo.—¿Pues no ofreció usted cuatro mil

reales al que lo salvara?—¡Hombre! Cuando uno se ahoga, no sabe lo que dice".

Don Cenón no supo lo que se dijo la tarde aquella, y cuando Vicenta le interpelaba y lo estrechaba para hablar del asunto, él se sonreía, y dándole un golpecito en los carrillos la llamaba *tonta*. Pero Vicenta estallaba entonces en furor. ¿Qué clase de burla era ésta? Pues qué, ¿puede hombre mofarse así de una mujer decente? Tiene derecho un señor para seguir llamándose tal y ser un canalla? Don Cenón oía todo género de insultos y



soportaba todo linaje de denuestos: era enemigo de la publicidad, y, por consiguiente, del escándalo.—Pero, mujer, no seas tonta—decía muy calladito, sin más explicaciones.

Vicenta quería otras, y no bastándole la mortificación personal, apelaba á venganzas de diversos estilos. Un día estaba la sopa salada como perros, otro las chuletas estaban crudas, algunas noches la cama aparecía con la cabecera hacia abajo y los pies en alto, á pique de congestionar el cerebro; pero don Cenón, pacienzudo y humilde, echaba agua á las sopas, dividía la carne en menudas partículas para tragarla sin detrimento de sus pobres dientes, y ponía las almohadas á los pies, durmiendo á la inversa de su costumbre.

Una noche de esas, sin embargo, el sainete se convirtió en tragedia. Vicenta despertó á sus amos dando alaridos y diciendo, desesperada, que se moría. Todos tres hombres acudieron con el susto natural para inquirir la causa del alboroto, y con terror hallaron síntomas visibles de lo que les era

muy conocido: un envenenamiento. La criada al principio se negó á que lo fuese; mas presa después de crueles dolores y retorciéndose sobre sí misma, confesó al fin que se había envenenado. Pero ¿con qué veneno? Ella propia lo ignoraba: asaltó la botica, y de la redoma que le pareció más terrible se bebió un vaso.

Fué menester que los mancebos la arroparan de cualquier modo y la bajasen por la escalerilla de caracol para designar el bote de donde había bebido. Don Cenón iba delante con una luz, trémulo y acongojado, con la conciencia alterada quizás; y en esta forma, el uno poniendo en alto la candelaja, los otros haciendo cama con sus brazos de aquel envoltorio de mujer, desgredada y delirante, que pedía socorro á tiempo de extender su dedo sobre el punto fatal, escena era aquella, nos atrevemos á decirlo, no reproducida desde la muerte de Cleopatra.

Don Cenón respiró. La bruta de Vicenta, en su ignorancia de todas las cosas, fué buscando entre los rótulos de la botica aquél que ofreciese mayores indicios venenosos, y escogió el de un frasco panzudo que en letras gordas decía: "OLEUM SERPENTORUM TERRESTRIUM." Los estragos de semejante pócima deberían ser terribles, en su sentir.

Por fortuna, el aceite de culebrillas de tierra es un purgante enérgico, aunque sin malicia, por cuya razón los dolores naturales de su primer influjo y las arcadas que produce al romper, fingieron en la loca fantasía de la criada esa desorganización interior que produce á la muerte. Allí mismo pudo persuadirse de la verdad, no sólo por las palabras del boticario, sino por sus propias sensaciones; y, con menos zozobra ya que á la bajada, la restituyeron á su dormitorio, de donde salió poco después más sana y más rolliza que antes del crimen.

Barrientos bendijo la casualidad que condujo á la moza á tales pruebas, pues suponía que el susto experimentado era suficiente para apagar sus furiosos, y, en efecto, lo fué durante algunas semanas; mas transcurridas éstas volvió á su antigua acritud y destemple de formas, haciendo blanco de sus iras, según costumbre, al pobre don Cenón. Los insultos fueron tan repetidos, que el infeliz no pudo menos de meditar seriamente en si era llegada la hora de deshacerse de Vicenta ó deshacerse él. Sólo le contuvo el horror al escándalo que por todas partes le amenazaba: porque el negocio tomó tal incremento, que un día acosado por la furia acerca de sus propósitos de matrimonio, como el boticario le contestase, "calla, tontuela", se abalanzó á su oído, y á guisa de mastín que se agarra á la oreja del toro, y con palabras que parecían mordeduras, le dijo:

—Ya sé dónde está el solimán.

IX

Don Cenón iba cada vez menos á la botica, y cada vez más en calidad de extraño. Conspiraban á este anómalo proceder, un poco de abatimiento

por su parte y mucho de indiferencia por la de sus dependientes. Ya no se le pedían consejos, ni se le dejaba manipular en las recetas, aunque se trataba de una cocción de ámbar gris. A sus tímidas observaciones se contestaba con cierto énfasis, sobre todo Manuel, el cual parecía decirle á todas horas: "Usted se ha quedado antiguo". Y, efectivamente, así era, porque el hombre, á modo del que se queda calvo cuando le falta el cabello, y se queda sordo si le falta el oído, debe decirse que se queda viejo cuando por su antigüedad le faltan la frescura de las ideas y el empuje de su carácter.

Una mañana, sin embargo, renació en don Cenón el espíritu de fortaleza que siempre tuvo. Dirigióse á la botica, meditando en la inestabilidad de las cosas humanas, cuando vió en la fachada dos escaleras abiertas, por cuyos peldaños corrían unos tablones, sobre los cuales trabajaban adornistas y carpinteros. ¿Qué es lo que pasaba allí? Acercóse y pudo convencerse de la horrible verdad. El rótulo que decía *Botica de Barrientos*, en caracteres humildes, se había sustituido por el de OFICINA DE FARMACIA, en letras de oro; y gracias que debajo añadía (*Antes de Barrientos*), como quien deja una dedada de miel para el atropellado. Pero no paraba aquí la agresión, sino que de la casa inmediata se había añadido un portal, en cuyo frontis estaban escribiendo: DEPENDENCIA HOMEOPÁTICA. — "¡Jesús, Jesús!"—fué lo que dijo don Cenón, llevándose las manos á la cabeza.

Su entrada en la botica tuvo aires de atropello á la vez.

—¿Qué es lo que aquí se hace?—gritaba el boticario, descompuesto de ademanes y rostro.—¿Qué locuras son éstas? ¿Quién se ha atrevido á deshorrar mis canas?

Manuel, paralizado al pronto, se adelantó exclamando:

—Pero, señor don Cenón...

—¡Señor don Cuerno! ¿Con qué licencia se destruye la severidad clásica de mi botica? ¿Quién osa manchar de lodo la ejecutoria ilustre de los Barrientos?

—Ni se deshonra ni se mancha—dijo Manuel respetuosamente;—la botica que fué de usted y de su tío...

—¿Que es!—interrumpió el boticario.

—Que es—añadió el mancebo—de Francisco y mía.

—Eso tendrá que verse.

—Se verá como y cuando usted guste.

—Pues bien; desde ahora os deshauicio y os arrojo de ella.

—Eso no puede ser.

—Pero ven acá, ¡condenado!—exclamaba Barrientos fuera de sí:—¿á qué poner cristales donde hay vidrios? y ¿á qué pintorrear como una metríz el noble semblante de una botica anciana?

—Señor don Cenón—replicó Manuel:—perdone usted que se lo diga: usted se ha quedado antiguo.

—Esa es la disculpa que me dan los tontos.

—Lo seré; pero en Madrid se ha puesto una farmacia en que cada cristal ha costado cuatro mil reales.

—¿Y son mejores el crémor y la magnesia cuando los cristales cuestan cuatro mil reales?

—No lo serán; pero las gentes van por crémor y por magnesia adonde los cristales cuestan cuatro mil reales. Así progresa el mundo.

—Así progresan los cristaleros, querrás decir. Sobre todo, á mí no me gusta.

—Lo siento, porque me gusta á mí y á los que han de traerme su dinero por mi mercancía.

—¡Mercancía! ¡Qué groseras palabras has aprendido desde que me marché! Llamas mercancía al producto de la ciencia humana. ¡Mercader al boticario, cuando tiene tanto de sacerdote! Pero sí, tienes tú razón: vosotros los modernos queréis hacer de la farmacia tienda de ultramarinos, y sois capaces de convertir la iglesia en horchatería. Ya no se manipula en el laboratorio, sino que se traen las medicinas hechas de la fábrica. ¡Pobres enfermos!

—Don Cenón, hay que ir con el siglo.

—Con la reata, digo yo. ¿Qué entiende el siglo de esas cosas? Si entendiera, os llevaría ahora mismo á la cárcel.

—¡A la cárcel! ¿Por qué?

—Por ese crimen de ahí al lado.

—¡Crimen!

—Sí, crimen: la homeopatía. ¿Sabes tú lo que es la homeopatía?

—Uno de los mayores adelantos de la época presente—contestó Manuel.

—No me saques de quicio. ¿Llamas adelante á esa farsa ridícula? ¿Sabes tú cómo se hace un remedio homeopático? Coges una botella de agua destilada y disuelves en ella un grano de medicina: vacías la botella hasta que no quede más que una gota, y la vuelves á llenar treinta veces: la última gota del que hace treinta enjuagues, esa es la trigésima dilución, con la cual se fabrica el glóbulo. ¡Hombre, no me desesperes hoy por la mañana! Tapa ese agujero, despide esa tienda, haz confesión general, y arrímate al anafe.

—Es que yo creo en la homeopatía—expresó Manuel algo airado, añadiendo en tono de enseñanza:—los sabios alemanes...

—Calla, Manuel, no digas desatinos. ¿Sabes tú si esos sabios alemanes tenían qué comer cuando inventaron la cosa? ¿Crees un sabio al inglés Halloway, el del ungüento, ó al francés Veron, el de las píldoras?

—No, señor; pero creo en la homeopatía.

—¡Hombre, cara tienes de ello!

Francisco, que hasta entonces no había tomado parte en la discusión, se puso detrás de su compañero, echando á su antiguo jefe miradas como de hallarse conforme con él. Francisco, sin duda alguna, no creía en la homeopatía, ni quizá en la tienda nueva. Don Cenón, animado con su apoyo, continuó:

—Pues bien; dejemos el *similibus* y el *contrariis*, en que todavía no se han puesto de acuerdo los predicadores de esa secta de infieles, y vamos á lo que es de nuestra competencia. Ven acá, maldito de cocer: ¿cómo se te ha pasado por la imagina-

ción que pueden existir juntas la alopatía y la homeopatía?

—En el extranjero se dice que lo están.

—Y porque en el extranjero sean unos galafates, ¿hemos de serlo nosotros? Escucha tú, Francisco, que pareces menos asno: ¿Qué especie de crimen no es ese de que nos hacemos cómplices engañando á los vivos y preparándoles la fosa á los muertos? Nada: ¡lo mando yo! A tapar ese agujero, á despedir el portal y á que quede la botica como estaba.

—Señor don Cenón—dijo resueltamente Manuel—eso es imposible. Necesito mandarlo yo, y no lo mando.

—Lo mandará el Alcalde.

—Nosotros nos defenderemos con el Juez.

—¿Serás capaz de ponerme por justicia?

—Seré capaz de todo, menos de sufrir chochees.

—¡Chochees!

Don Cenón estuvo á pique de arrojarse sobre el insolente mancebo, y si se detuvo fué porque concibió una idea tan salvadora y feliz como todas las suyas. En vez de salir á la calle, como parecía natural después de cortada la conferencia con sus ingratos protegidos, se fué al fondo de la botica, y tomó por la escalera de caracol hasta llegar al cuarto donde se hallaba la criada.

—Vicenta—le dijo,—necesito de ti.

—¿Para qué?

—Ese es mi secreto.

—Estoy dispuesta á todo.

—Necesito que hablemos sin testigos.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿A qué hora?

—A las siete.

—¿Dónde?

—Donde tú compras: en la plazuela de San Miguel.

—¿Con cesta ó sin cesta?

—Con cesta, para mayor disimulo.

—No faltaré.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y Barrientos bajó precipitadamente la escalera, decidido á no mirar á la cara á sus mancebos, cuando supo por Francisco que Manuel había marchado á casa del notario que otorgó la escritura. Entonces fué cuando á don Cenón le tocó su turno de decir:

—¡Infame!

X

Barrientos pasó aquella tarde y aquella noche exaltado. En la mesa apenas probó la comida, lo cual no pudo menos de producir cierta alarma en su cocinera, que pensó en si el amo estaría enfermo ó ella habría estado torpe. Lo último, sobre todo, era para Martina un infortunio, porque jamás co-

cinera alguna ha tenido mayor conciencia de su deber. Con palabras dulces y respetuosas propuso á don Cenón hacerle otro plato; pero el viejo se negaba con monosílabos, como quien desea que le dejen en paz. Martina se levantó el delantal á los ojos para recoger una lágrima; pues ella, tan solícita y tan devota de su señor, hubiera dado su sangre por complacerlo. Esta arrugada mujer, trasunto, en su humilde esfera, del romanticismo contemporáneo, reunía, á una susceptibilidad vidriosa, un método de expresión de los más escogidos. Hablaba siempre en impersonal, el señor arriba y el señor abajo; se servía de las frases mas cultas, aunque no siempre correspondiesen á lo que descaba decir; llamaba *mino* al gato, *posca* al agua y vinagre, *lecho* al catre de tijera; en suma: sus miramientos y pudibundez llegaban al punto de que, hablando del *alioli*, decía: "El ajo... con perdón de ustedes..."

Barrientos no la podía sufrir. Le había puesto por mote *Natillas*, y le cansaban de tal manera su circunspección y reverentes modales, que casi echaba de menos la desatención y grosería de otras personas. Aquella noche, decíamos, estaba intranquilo y durmió poco. Por la mañana, apenas vió la luz, ya andaba don Cenón paseándose por el jardín de su gabinete. Era á primeros de junio y hacía mucho calor, lo cual no impidió que tomase su capa, porque hay asuntos á que el hombre debe concurrir embozado.

No por el camino derecho, sino por calles excusadas y recatándose de barrenderos y aguado-

res, llegó el boticario hasta el fondo de la plazuela de San Miguel.

Vicenta fué menos meticulosa. Por lo ancho de la calle Mayor, y con su cesta al brazo, abordó la plazuela frente á frente. Contra su costumbre, se asomó al arco izquierdo del frontispicio, echando miradas escrutadoras á lo largo de la galería, salió á la calle otra vez y entró por el arco de la

derecha haciendo las mismas investigaciones, hasta que todo el mundo pudo persuadirse, si hubiera querido, de que, en vez de buscar hortalizas buscaba á alguien. El posma de don Cenón no parecía. ¿Qué hombres, señor mío, qué hombres! ¿No se puede ir con ellos ni á coger pesetas! Al fin divisó un bulto en la esquina, corrió hacia él, y al ponerse á tiro ambos conspiradores hubieron de decirse el *¿Eres tú?* Yo soy, de Lucrecia Borgia. Amo y criada entraron en un portal: él se puso de espaldas para que no le conocieran, y ella, que era la única á quien podían conocer, de cara al público. No se dirá que olvidaban ninguna precaución. Vicenta fué la primera que dijo:

—¿A qué venimos aquí?

Barrientos exclamó sin vacilar:

—A destruir, si podemos, á esos mentecatos.

No contentos con quitarme la honra, quieren también hacerme perder la vida. El establecimiento de mi tío, de mi insigne tío, van á convertirlo en una tienda de comestibles. Cristales de una pieza, pinturas lúbricas, frascuetes como los del *perfecto amor*, y abajo la Purísima, abajo la luz: ¿qué va á ser de la botica donde casi nació? Sobre todo, Vi-



centa, óyelo bien: van á ponerme homeopatía. ¿Sabes tú lo que es la homeopatía?

—No, señor, ni me importa. Pero, en resumen: ¿qué es lo que hay que hacer?

—Echarlos á la calle, echarlos á patadas, reintegrarme en lo que me pertenece y que nadie me puede quitar.

—Los echaremos.

—¿Cómo?

—Usted no va á querer.

—Desde ahora quiero. Habla.

—Pues muy sencillo. Se equivocan tres ó cuatro recetas, y los enfermos y los médicos se encargarán de todo.

—¡Pero, muchacha, eso es un delito!—repuso asustado don Cenón.

—¿Y no es un delito lo que hacen con usted?

—Ya; pero hay diferencia. No, no; otra cosa. Discurre otra cosa.

Vicenta reflexionó un instante, al cabo del cual apareció en su rostro una sonrisa satánica.

—¿Has dado ya con ello?—dijole su amo.

—Sí, señor; y ahora no dirá usted que es delito.

—Cuéntame, cuéntame tu plan.

La muchacha, bajando la voz, se expresó así:

—Yo he oído á don Manuel (porque Vicenta llamaba ya don Manuel á Manuel) que se les ha cumplido el seguro de incendios de la botica, y que es menester renovarlo. Pues bien; mientras hacen la operación, se le pega fuego á la casa, y se quedan en la calle sin una peseta.

—¡Pero, mujer! ¿Estás loca? ¿Y las pobres gentes de encima? Además, eso es destruir mi hacienda y abrírnos el camino de la cárcel. Discurre con más juicio, ¡por Dios!, discurre algo.

—¡Y si á usted no le acomoda nada!

—Siempre he creído que las mujeres sois más listas que nosotros. A mí no me acomoda lo violento: preferiría algo diplomático.

—¿Y qué es diplomático?

—Diplomático es hacer las cosas sin que parezca que se han hecho.

—Entonces... mire usted, don Cenón: yo hablo algunas mañanas en la plazuela con un muchacho que es fajillero de *El Clamor Público*, y me ha dicho que pone en el periódico todo lo que quiere. Decimos que la botica está perdida desde que falta su amo; que las gentes principian á escamarse, y que don Cenón volverá á ponerse en el despacho para dar gusto á todos. Se arma un belén, ellos se quejan, las malas noticias cunden, y no tendrán más remedio que transigir.

—Por fin, mujer, se te ocurre algo práctico.

—Pues qué, ¿no era práctico lo otro?

—¿Y tú crees que transigirán?

—¡Vaya si lo creo: por fuerza!

—Es que Manuel me ha amenazado con los Tribunales.

—Pero Francisco no.

—¿Por dónde sabes eso?

—Ayer mismo, después de la tracamundana con usted, tuvieron una disputa, y Francisco decía: “Yo no pongo por justicia á don Cenón: él me dió lo que tengo, y si quiere llevárselo, que se lo lleve”.

—¡Ah, bravo muchacho! De todas maneras no hay que perder la ocasión de hacerles la vida amarga.

—Se les hará.

—¡Están haciendo tan amarga la mía!—exclamó don Cenón con honda pena.—Y á ti, ¿cómo te tratan?

—Peor que á usted. Van á despedirme.

—Nos unen, pues, los mismos sentimientos, querida Vicenta.

—Los mismos, amo mío.

—¿Cuento con tu ayuda?

—Hasta la pared de enfrente.

—Dame esa mano.

—Aquí está.

Y ambos conspiradores, que hablaban muy unidos cuerpo á cuerpo, se volvieron la espalda al salir, afectando sagaz indiferencia ante el corro de verduleras y granujas que no les quitaban ojo desde hacía rato. Barrientos opinó que, para mayor disimulo, y por si alguien les espiaba, debían volverse cada cual por distinto camino del que trajeron; y mientras la muchacha tomó las callejuelas por donde nunca iba, don Cenón salió de frente á la calle Mayor, por donde nunca anduvo á tales horas.

Bien es verdad que ella no hizo la compra en el mercado, y que él tuvo la precaución de embozarse en su capa hasta las cejas.

XI

Dios nos libre de confiar á la persona amargada por agravios que cree haber recibido de nosotros, una misión reconciliadora. Ni el procurador más impertinente, ni el más ciego enamorado, ni la abuela más fanática por su nieto, incurrirían en mayores inconveniencias.

Pocos días después de la escena que acabamos de referir, apareció en *El Clamor Público* un párrafo, medianamente escrito, que decía:

“Llamamos la atención de nuestros lectores sobre la célebre botica de don Cenón Barrientos, la cual, desde la marcha de aquél, parece que no anda como debiera de ir. Dicese que los encargados de ella han equivocado algunas medicinas con perjuicio de los pobres enfermos que confiaban en su fama.”

Disfrutaba *El Clamor* por entonces de extensa boga, y excusado es decir el terrible asombro y la indignación sin límites que el tal párrafo produciría en la nueva oficina de farmacia. Manuel, con un *róten* de cabeza de perro, voló hacia el periódico, decidido á dar una paliza á sus redactores; mas el director de *El Clamor Público*, á quien había indignado á su vez lo que encontró inserto en su diario, hizo causa común con el demandante, procediendo á una investigación minuciosa sobre la pluma aleve. De las averiguaciones sumarias resultó probado que el autor de la nota era el faji-



llero; pero el fajillero declaró, á seguida, que la nota le había sido inspirada por Vicenta, la criada de don Cenón, y ella, á quien se hizo acudir para esclarecimiento de los hechos, manifestó, sin ambages, que al poner aquella noticia en letras de molde estaba de acuerdo con su señor. Levantóse acta de lo ocurrido, con la formalidad conveniente, y como consecuencia de ésta, aquel mismo día fué demandado don Cenón Barrientos por injuria y calumnia ante los Tribunales de justicia.

Vicenta, al enterarse de estos pormenores, en el camino de su casa, se arrepintió de la ligereza con que había obrado, y previos ciertos quehaceres misteriosos que ejecutó en la botica, aprovechando la ausencia de Manuel y la distracción de Francisco, corrió al juzgado para declararse única autora del libelo de *El Clamor Público*, y excusar, por consiguiente, á don Cenón. El juez la hubo de decir que se hacía reo de dos delitos, el de calumnia contra sus amos de ahora, y el de falso testimonio contra su antiguo dueño; pero ella dió tales pruebas de exactitud á lo que se refería, que en el instante se modificó el auto por el cual iba á ser perseguido Barrientos, trocándolo en requisitoria contra la criada. De resultas de su confesión, Vicenta tendría, hasta nueva providencia de otro juez, su casa por cárcel.

La moza no se desconcertó con semejante noticia, sino que, por el contrario, dió muestras de gozo al atravesar por entre Manuel y Francisco, acompañada de un alguacil.

—¡Ahora nos veremos!—le dijo Manuel con indignación.

—¡Vaya si nos veremos!—contestó la alcarreña con altanería.

Efectivamente, á la otra mañana la botica de Barrientos se hubiera tomado por la antesala de una Audiencia: tal era el número de escribanos y corchetes que la invadían. Todos anduvieron listos ante el porvenir, quizá, de una buena paga; y uno en nombre de don Cenón, mostrando un mandamiento para suspender las obras por abuso contra la propiedad; otro en nombre del juez de imprenta requiriendo á la criada que se presentase en estrados para constituirse presa; y la más alarmante de todas las conminaciones, la de un comisario de policía que con dos botellas, un médico y un padre en desesperación, venían contra los boticarios acusándoles nada menos que de homicidio por imprudencia temeraria, conjunto era aquel como no es fácil que se haya visto en parte alguna jamás. De dos frascos de medicina, uno para unturas y otro para uso interno, se habían cambiado las tarjetas y hecho beber al infeliz paciente, hijo del hombre que gritaba, el aceite cáustico que habían de aplicarle en las piernas. Por fortuna, el médico advirtió el error antes de que produjese las fatales consecuencias que eran de esperar; pero el padre no se contentaba con presidio, quería horca; Manuel se deshacía en excusas; el alguacil instaba para que le firmasen el papel de sus dietas; los guardias de orden público querían llevarse cuanto antes á la criada á la cárcel, y detrás de ella bajó por la escalera de caracol una columna de espeso humo, acompañada de siniestros resplandores que asomaron después; á cuya vista los gri-

tos de “;dejadme que lo mate; firmeme usted mis dietas; fuera los albañiles y los pintores; atad codo con codo á esa bribona!”, y otros por el estilo, se juntaron con los de “;fuego, fuego! ;que arde la botica!”, y los hombres corrieron, y las mujeres alborotaron, y los granujas se revolvieron para merodear, y la confusión y el tumulto fueron tan grandes como un motín de plaza de verduras ó rebelión de fábrica de cigarros.

Vicenta había cumplido todo su programa: desprestigió por los periódicos, equivocó recetas y le pegó fuego á la botica.

XII

Don Cenón estaba postrado en cama con calentura. ¿Quién ha de extrañarlo, considerando su edad y las violentas emociones que había sufrido? Verse á las puertas de una cárcel; ultrajada su honra por los que le debían la fortuna; expuesto su nombre á la vergüenza; y sobre todo, en vísperas de presenciar la destrucción de aquella especie de santuario donde, más que farmacéutico, había sido cartujo, razones eran sobradas para que la fiebre abrasase su cuerpo y en su cabeza estallara el delirio.

Dejiraba, sí; y la buena Martina, la afectuosa y ejemplar mujer que hubiera dado su sangre, caso de tenerla, por la salud de su amo y señor, pretendía contrariar los efectos del desvario por la persuasión y la réplica. Semejante á aquel baturro que se peleaba todas las mañanas con el loro de la casa de huéspedes, porque al pedir chocolate y dársele no lo quería tomar, y continuaba diciendo: “;chocolate al loro!”, Martina se empeñó en rebajar la calentura del paciente con los paños mojados de su discurso. Cuando don Cenón decía:— “;Que la saquen de la prisión! ; Yo respondo de ella! ; Aquí está la fianza!”,— Martina, acercándose al oído del anciano, desvariaba á su vez:— “Tranquilícese el señor; van á sacarla. ¿No ve el señor que los atrevidos mancebos tergiversaron una medicina que por poco se muere un niño? El diario progresista tenía razón: no hay calumnia.

Barrientos se aplacaba después, como se aplacan por lo común las excitaciones, aunque sea para reproducirse con más violencia; y, en efecto, al poco rato tiraba los embozos, erguía sobre sus puños, aplastando el colchón, y con voz enronquecida exclamaba:— “; Que tapen ese agujero! ;—á lo cual la cocinera se atrevía á responder:— “; Pero, amo mío, si no hay ningún agujero!

Y así, el amo delirando y la criada cargándose de razón, dírase que por primera vez luchaban la calentura con la tontería.

Una semana estuvo el pobre don Cenón entre la vida y la muerte. Al despertar de tan penoso letargo;— más le valiera haber sucumbido en él!— le aguardaban las siguientes exacciones contra su tranquilidad y su peculio: Las cuentas de dos célebres abogados de Madrid, á quienes, pedido in-

forme sobre si habría medios de rescatar la botica, le dijeron que no, y tasaban las consultas á cuatro mil reales. El expediente de deshaucio, intentando contra los mancebos, en el cual había recaído la providencia de no haber lugar á seguirlo, pero sí á la condenación de costas. Una instancia del padre de la criatura envenenada, exigiendo cierta suma á título de indemnización, ó, de lo contrario, complicarle en el proceso que se instruía por el trueque de las recetas. Un inventario de los perjuicios ocasionados en el incendio de la farmacia, cuyo importe pedía Manuel que se rebajara de la renta á que se obligaron al aceptar el establecimiento, etc., etc.

Cuando don Cenón, cuya debilidad y abatimiento no le permitían ponerse en pie, se fué enterando del cúmulo de contrariedades que le rodeaban, miró en derredor de sí, y hallándose tan solo, vertió, sin poderse contener, algunas lágrimas. Excusaba diálogos con la cocinera, para evitar sus cumplidos y exquisiteces; pero entonces se dirigió á ella con desusada amabilidad para decirle:

—Yo recuerdo, Martina, que durante mi locura, porque yo he estado loco...

—No, señor, alucinado.

—Bien, cuestión de palabras; que durante mis horas de alucinación había un hombre en mi alcaoba. ¿Qué hombre era ese?

—El señorito don Francisco—contestó Martina.

—¿Y á qué venía aquí?

—Desde que el señor cayó enfermo y los facultativos anunciaron cierta gravedad, el joven mancebo no ha dejado de venir todos los días, ni de perder á la cabecera de esa cama bastantes noches.

—¡ Siempre lo dije yo!—exclamó Barrientos, hablando consigo mismo.—El que escondía lo que ganaba, es decir, el avaro, podía ser un pícaro; el que enviaba á sus padres el sudor de su frente, ese podía ser un hombre de bien. Corazón el uno, patata el otro.

Y dirigiéndose á Martina, añadió:

—Anda á la botica, y di á Francisco que venga.

—No es necesario.



—¿Pues, cómo?

—Don Francisco hace ya un rato que está en la sala.

—Que entre.

Francisco entró, arrojándose en brazos del que fué su jefe, protector y amigo. El enfermo no pudo menos de experimentar tiernas emociones con aquel rasgo de sumisión, y, repuesto de ellas, dijo:

—Es necesario salvarla, salvarla á toda costa. Cuanto ha hecho ha sido por mí: ella estará equivocada, pero es leal.

—Señor don Cenón—replicó Francisco,—piense usted en sí propio: todo eso no vale nada: la salud, la salud es lo primero.

—¿No vale nada! ¿Luego tú no me crees difamador?

—¿Qué disparate!

—¿Ni envenenador?

—¿Jesús mil veces!

—¿Ni incendiario?

—Pero, don Cenón, ¿usted se ha vuelto loco?

—Si no me he vuelto loco, voy á volverme Cuénteme, Francisco: ¿qué es de esa infeliz?

—Pues nada: iban á ponerla en libertad por lo de las recetas, cuando el juez la mandó á la cárcel por lo del incendio.

—¿Y crees tú que ella prendiese fuego, sino para asustar?

—Dice que ni para asustar siquiera. La alcoba estaba oscura, y teniendo necesidad de luz para vestirse, rascó una cerilla, y sin duda eso fué lo que produjo la llama.

—Y dime, Francisco: ¿tú no estás de acuerdo con Manuel?

—En cosa alguna.

—¿Renuncias á la acción mancomunada con él?

—He renunciado.

—¿Y podremos conseguir que esa víbora de mancebo renuncie?

—Yo le he oído hablar de este modo: “Si don Cenón quiere guerra, tendremos guerra; si paz, habrá paz. En dándome quince mil duros, suspendo las obras, me arreglo con el hombre de la querella y retiro la acción sobre el incendio. De lo contrario, cárcel, presidio, lo que salga”.

—¿Quince mil duros!—dijo don Cenón.—¿Infame usurero! ¿Qué harías tú en mi lugar, Francisco?

—Yo no puedo aconsejar á usted, porque soy interesado.

—¿Y qué es lo que exigirías tú por tu parte?

—Nada, señor Barrientos; volver á ser su dependiente de usted.

—Anda y dile á ese ingrato que cuente con los quince mil duros; pero á condición de que no los tome hasta que traiga el mandamiento de libertad de Vicenta.

—¿Lo ha pensado usted bien?

—Mira, Francisco: yo he reflexionado mucho acerca de los que sirven, porque he servido á mi vez. Sacas de su pueblo á una muchacha, donde se crió, poco más ó menos, como las bestias, y al introducirla en una ciudad medianamente populosa la impones desde el primer día en todos los ar-

tifícios de la civilización. Ha salido de un hato de carneros, y la conduces á una manada de zorros. Desde el primer instante también quieres que ella, que era desaseada, se vuelva limpia; que siendo agreste se transforme en suave, y que se borren de un solo golpe los hábitos y torpezas de donde se crió. Para este fin, no empleas la persuasión ni la enseñanza, sino el ridículo, equivalen á ello las reprensiones, amenazas de ponerla en medio del arroyo, lo cual no haces con el perro que muerde ó con el burro que cocea. Así las cosas, sueles conceder á la muchacha un poco de esparcimiento y libertad; pero ¿en qué forma? La colocas bonitamente á la puerta de la calle, mostrando, con sus mejores atavíos, el poco ó mucho mérito que Dios la dió, y desde allí...

Don Cenón principiaba á fatigarse con su largo discurso; pero el antiguo mancebo no abría la boca para contestar, porque, considerándole inspirado, aguardó á que se tranquilizara, para seguir diciendo:

—Sí, Francisco: no empleamos nada en su educación, pero queremos que inventen el decoro, y la compostura, y el buen lenguaje; que sean trabajadoras, y modestas y fieles; esto es, que se bañen en el muladar, y que salgan ninfas. De lo contrario, al menor desliz les echamos encima los deberes religiosos que desconocen, la moral universal que nunca han sentido, ó la justicia ordinaria. Por eso tú, que eres joven, debes ir comprendiendo y disculpando las verdaderas faltas de esas infelices. Suponte á Vicenta, cuyo servicio no se puede mejorar, cuya adhesión no tiene semejante, cuyo desinterés raya en lo inverosímil; supónla, digo, tentada por el demonio de ser algo en el mundo, y forjándose ilusiones ajenas á su origen, pero ilusiones que un día se figura haber realizado, y que luego se le desvanecen y se le vuelven á presentar, necesitando cometer en esta lucha disparates heroicos; supón, Francisco, todo esto, y dime si no valen unos cuantos talegos de duros tanta lealtad y tan singulares sacrificios. Sí; lo he pensado bien: anda, y negocia por dinero la calma en la conciencia de un pobre hombre, y la salvación en la persona de una loca mujer.

Dicho esto, se quitó un escapulario que llevaba al cuello, en cuya bolsa de atrás había una llave: dióselo á Francisco, indicando que abriera una caja que en la propia alcoba aparecía como mueble de aseo, y le trajese de ella un libro en rústica.

Era el libro de cuentas con el Banco.

XIII

Don Cenón, aún convaleciente, presentaba dos síntomas peligrosos: lucidez relativa de juicio y debilidad de piernas. Esta última era tan grande, que se dudaba de si podría volver á andar. Así es que cuando Francisco le llevó la fausta nueva de que los negocios con Manuel estaban casi arregla-

dos, él quiso echarse de la cama para ir en derecha á su botica; pero los músculos no estaban acordes con los nervios, y permaneció en su forzada inercia. Desde allí, sin embargo, comenzó á dar órdenes:—Que se tape el agujero, que se despidan el portal, que se laven las pinturas, que se repongán los botes. — Por último, en una conferencia con Francisco, decía:

— En cuanto Manuel salga de la casa, me voy allá. Si no puedo ir yo, que me lleven en brazos; y si no, en camilla ó en unas parihuelas. ¡Ay, Francisco, qué disparate hice al dejar aquello. El hombre que nació para mover una noria, debe estar dando vueltas toda su vida: si se para, se marea y se cae. Yo me paré y me caí.

—Pero va usted á levantarse.

—¡Qué sé yo que te diga! A mi edad no se levanta uno, si no lo levantan. De todos modos, quiero que me saquen de allí, y para eso es menester que me metan.

Efectivamente; Barrientos fué entrado, que no entró, en la botica de su abuelo y de su tío. Desalojada la casa por Manuel, y no siéndole posible á don Cenón sostenerse, dispuso que lo llevaran en un coche acompañado de su leal mancebo; el boticario entró en su botica como los antiguos nobles en sus palacios. Vicenta llegó de su encierro á punto de recibirlo, y hay quien dice que no pudiendo ni uno ni otro contenerse, se abrieron los brazos con la mayor ternura. Una muchedumbre de vecinos prorrumpió en albricias.

Pero Barrientos no estaba para bromas. Al mudar de vivienda, lo que hacía era mudar de cama. Posesionado de su antiguo cuchitril, que le pareció una estancia regia, lo primero que hizo fué llamar al escribano y dictarle un breve codicilo para su testamento. En dos partes iguales dividió su fortuna, diciendo

en voz muy baja el nombre de los interesados, pero pronunciando en forma inteligible y sonriente el apodo de *Natillas*, á quien dejó pagada una anualidad del cuarto en que vivía y todo el mobiliario del mismo, para que pudiera establecer una casa de huéspedes.

—Francisco--dijo al mancebo. que no se separaba de él:—la raza de los Barrientos es un emblema del reptil que circunda el escudo

de nuestro oficio. Mi bisabuelo le dejó la botica á mi tío, mi tío se la dejó á su mujer, su mujer me la dejó á mí, y yo se la dejo á quien me da la gana. Pero ya que la fortuna no nos favoreció á ninguno con sucesión directa, deseo que los que nos sigan no estiren la serpiente con peligro de que se rompa. Barrientos nació, y Barrientos dispongo que se perpetúe. Vigila tú porque así suceda después de mi muerte.

—¿Quién piensa en eso?

—Yo, y con motivo. Prométeme que obrarás de este modo, y en cambio te daré un consejo.

—¿Cuál, señor?

—Que te cases con Vicenta.

FIN

José Castro y Serrano.

10
cént.

LOS MUCHACHOS

1200
ptas. en
regalos.

SEMANARIO INFANTIL

1200
ptas. en
regalos.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

10
cént.

SEÑORAS: ¿Queréis tener un precioso cutis?



Complacida declaro que Madame Rubinstein, es una maravillosa artista en la conservación de la juventud y la belleza.—LADY READWELL

Poderosísimo factor de la felicidad de la mujer son los atractivos físicos que cautivan á cuantos la rodean. Pero la belleza no es solo armonía de líneas, sino resplandor de **inmaculado cutis**, que todas podrían adquirir ó conservar usando **EL VALAZE**, verdadero secreto de adorable belleza, que libra de arrugas, asperezas, barros y rojeces.

Quien **EL VALAZE** usa, puede impunemente, correr á caballo, en automóvil, desafiar sol, nieve, viento, polvo.

Véndelo exclusivamente la celebrada artista vienesa **Madame HELENE RUBINSTEIN**, establecida en Londres y París, á **5,50** ó **10,50** francos tarro, según tamaño.

Los productos pertenecen á una serie de especialidades faciales con diversas aplicaciones.

NOVENA SUNPROOF and **WINDPROOF CREAM**, remedio contra estragos del sol, viento ó inclemencias, **4,50** francos.

BAUME VERT, preservativo para los cutis extrasensibles á aquellas influencias, **13** francos.

NOVENA CERATE, eficazísimo purificador de la piel, **7,25** y **15** francos, según tamaño.

NOVENA POODRE, polvos grasos, **4,75**, **7** y **14** francos.

Y otros diversos productos verdaderamente maravillosos.

Madame Rubinstein, invita á las damas españolas á que la escriban exponiéndola lo que desean y ella las contestará gustosa, indicándolas el tratamiento especial ó medio preservativo más adecuado á cada una.

Pueden escribir, con las señas para contestarlas á dicha señora, dentro de un doble sobre dirigido al **Administrador de "Alrededor del Mundo"**, Apartado 216, Madrid, el cual remitirá dichas cartas á aquella señora que las contestará directamente.

El viernes 3 de Julio se publicará la preciosa novela

La hija de Miracielos

original de FEDERICO URRECHA

**APARATOS
Y
DISCOS
MARCA:**

"Gramophone"



Aparatos "GRAMPOHONE" con ó sin
bocina, desde 110 á 1.300 pesetas.

**LOS APARATOS QUE NO TENGAN ESTA MARCA NO
SON VERDADEROS GRAMOPHONE, ÉSTOS SOLO
LOS VENDE**

UREÑA

En Madrid: PRIM, 1

CATÁLOGOS GRATIS



IMPRENTA

de "ALREDEDOR DEL MUNDO"

FERRAZ, 82

MADRID



J. TANENNBAUM

Representante con de-
pósito de la acreditada
fábrica de Alemania
de E. T. Gleitsman.—
Dresden Tintas y co-
lores barnices. Pasta
para rodillos.

CARMEN, NUM. 24.

COLDCREAM

la cara, pecas, granitos, barros, escozores, ardores, escoriaciones, quemaduras, cortaduras, herpes, co-
stras, grietas de los labios, del pezón, erisipelas, en Farmacia de Torres Muñoz. San Marcos, 11, Madrid.

VIRGINAL A LA GLICERINA.—El mejor cosméti-
co que pueden usar las señoras. Tiene indicaciones
bien precisas para curar las irritaciones, manchas de

FABRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES, GENEROS DE PUNTO
ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo, 12, CAPELLANES, 12, Precio fijo.

Para casas de campo

no tiene rival la luz de incandescencia por ga-
solina. No produce humo ni olor y es inexplo-
siva. Lámpara de 25 á 500 bujías.

Laorden y C.--FUENTES, 9.--Madrid. (Antes Atocha, 43)

CATALOGO GRATIS



FOTOGRAFADO
TRICOLOR·BICOLOR·DIRECTO
LINER·ZINCOGRAFIA·
SUGS. DE C. PAEZ
ILUSTRACIONES
A OBRAS Y REVISTAS
QUINTANA·33·MADRID.

Nuevo motor á creosota sin válvulas.

REPRESENTANTES EN ESPAÑA:

CATALA Y ARNISEN

Mayor, núm. 46-Madrid.

El Jabón revelador:
No lo niegues.
En la cara fresca y
perfumada se vé
que te lavas con mi
Jabón de
MENO de PRAVIA



Ehrmann